



MÁXIMO
HUERTA PARÍS
DESPERTABA
TARDE

Máximo Huerta

París despertaba tarde



La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.

Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conflicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

© Máximo Huerta, 2024

Representado por la agencia literaria Dos Passos

© Editorial Planeta, S. A., 2024

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibros.com

Adaptación de la cubierta: Booket / Área Editorial Grupo Planeta

Fotografía de la cubierta: © Michael Trevillion / Trevillion

Fotografía del interior: © Archivo del autor

Primera edición en Colección Booket: enero de 2025

Depósito legal: B. 20.136-2024

ISBN: 978-84-08-29771-0

Impresión y encuadernación: CPI Black Print

Printed in Spain - Impreso en España

En aquellos días, París era tan fácil. Las casas no tenían paredes porque todos vivíamos en las calles, y estas no tenían techo porque vivíamos en el cielo. En parte por la mugre, en parte por el alcohol. Siempre borrachos, borrachos de vino, de poesía, de pintura, de risas... Borrachos de todo porque emborracharse era vivir.

«Para no sentir la horrible carga del tiempo que te rompe los hombros y te inclina hacia el suelo, debes emborracharte sin parar». Lo gritábamos. Baudelaire lo había dicho y nosotros lo llevábamos a cabo hasta las últimas consecuencias, que solían coincidir con el alba. Lo repetíamos como plegarias de misas a las que no íbamos. Era el alarido alegre de nuestras fiestas y de nuestras tristezas.

«¡Emborrachémonos!», gritaba subida en la mesa.

De ron, de palabras o de pintura, lo que el deseo pidiera.

París despertaba tarde, con las sábanas pegadas en la cara, marcada de maquillaje malo; y los adoquines sucios, de restos de verduras, porquería, lluvia y barro. Y en la triste soledad de la habitación del hotel Istria quedaba la resaca, la embriaguez bailando en la cabeza, el olor a sudor ajeno y perfume. Permanecías ahí, medio muerta, oyendo el viento que golpeaba el cristal, los pájaros buscando mi-

gas entre las mesas de la calle y el reloj que ayer y hoy por todo se ríe.

Quién nos iba a decir que pasada una guerra vendría otra, más destructora todavía.

Pero no nos adelantemos, qué oscura necesidad hay en sufrir por adelantado. Cuando divisó a uno de esos seres sombríos, pesimistas, funestos... huyó como de la peste. No es que me lleve mal con la tristeza, pero ya la viví.

Dicho esto, sírvame en la mesa dos copas de vino, por favor. Necesito hablar francamente. En esos años de felicidad exagerada vivíamos sin saber que éramos parte de ella, o ella parte de nosotros, consumiendo botellas, droga y nuevos vestidos. Por eso amábamos sin fecha, salíamos sin hora y disfrutábamos de los días como si fueran regalados, agotándolos hasta exprimir los minutos, los segundos y las palpitaciones de todos los corazones de la pista de baile. Siempre era el cumpleaños de alguien desconocido que, con los días, se hacía íntimo o amante, qué más da; siempre era una Nochevieja constante en la Rotonde, en Le Dôme o en la Closerie des Lilas. Thé Colombin, Le Gaya o El café des Amateurs.

Ay, París.

Artistas de todo el mundo y de todas las disciplinas, ricos y pobres, gente que quería vivir, pero sobre todo olvidar la guerra, nos juntábamos en las mismas mesas. ¿Cómo lo hicimos? Nos lo inventamos. La risa y el placer como objetivo vital, sin ayer, sin excusas, sin rémora. El único freno, las trabas y otros atolladeros los ofrecían únicamente el pudor y la falta de dinero. Sobre todo, esto último. Pero eso se podía salvar fácilmente dejándose llevar en aquellos antros inhóspitos, congelados, de 1924, de ese París de entreguerras.

En la historia pasada había agresores y agredidos, ata-

cantes y defensores, fuertes y débiles. Pero ahora todo era diferente. Ahora solo éramos muertos y vivos.

Ya sabes de qué parte estaba yo.

Mi niñez había sido oscura como las aguas del Sena. El cubo de hojalata estañada que servía para hacer sopa humeaba también para mi baño de los fines de semana. Si yo no aguantaba el jabón seco en el esparto con el que me restregaba el cuello, las orejas y la espalda, mi madre amenazaba con el cucharón. La abuela escuchaba, con el vientre contraído, aquellos gritos ahogados de niña. «Es mi Cenicienta, que pronto será princesa», decía con una sonrisa. Luego merodeábamos entre los puestos de coles que tenían un olor terrible. Apretábamos el paso entre la gente que vestía gabanes grasientos por los fardos de comida que cargaban en los hombros, entre las gordas andrajosas que cortaban pan y lo untaban de manteca junto a animales atados con cuerdas a las patas de las mesas, porque habíamos robado algo. Digo habíamos porque la mirada de la bribona de mi abuela me hacía cómplice. Así que aquella chiquilla, delgada y maliciosa, tenía que correr con la mitad del botín en los bolsillos para salir cuanto antes del laberinto de puestos de verdura y latas de sopa caliente. El aire era espeso y al mismo tiempo refrescaba, el hambre tenía un olor a mierda inexplicable, acuchillado, lleno de nubarrones grises, pero al mismo tiempo balsámico porque nos dominaba el estómago por encima de todo. Correr entre los ajos, los hatillos de tomillo, la lavanda, las zanahorias, las patatas que al rozarlas rodaban por el barro que me salpicaba en la cara, tan próxima entonces al suelo. Vapores, perros hurgando entre la basura, cántaros de leche, ramos de alcachofas, montones de judías verdes, lechugas atadas, matas de apio y puerros, mesas con cebollas y queso, tomates y berenjenas alineadas

como músicos y, de pronto, el estiércol a mis pies, salpicado hasta las rodillas. Y cuando estábamos fuera, otro mundo. En los alrededores del mercado aparecía la civilización más elegante a los ojos de una niña: horteras trajeados curioseando novedades, hombres con manguitos limpiando herramientas que trataban como joyas, y putas que aumentaban la alegría de aquellos seres de pantalón, levita y chaleco. Me entraban unas ganas locas de quedarme allí, mirándolas marchitarse como flores ante las rudas manos de los hombres que las galanteaban al cogerlas por la cintura, o más abajo.

—Vámonos, Kiki —cortaba mi abuela la ensoñación en medio de la barbarie de porquería y deseos—. Mamá nos está esperando.

Aquel barullo excitante y peligroso en el que me crie fue mi pasaporte para distinguir ladrones, pícaros, tramposos y truhanes. El suelo pringoso, pero la sonrisa a tiempo. Sí. Esa era yo: la sonrisa a tiempo.

Ahora escuchaba el fragor de la alegría de tazas y vasos de Le Dôme entre la multitud achispada y gozosa, y mascaba los recuerdos que obstruyen a veces la felicidad. Son una agonía. La melancolía lo invade todo de repente, como los escalofríos de madrugada que hacen castañetear los dientes. Lo mancha todo. La miseria de la niñez lo ciega todo. Sigue ahí. No escapa. Mejor beber.

Olvidamos por aquel entonces los horrores, olvidamos la guerra, olvidamos los uniformes, olvidamos los terrores, olvidamos las casas y salimos a las calles. París era una fiesta, sí. Las terrazas de Montparnasse estaban llenas, el jaleo en el interior fluía como espuma hacia las aceras, a borbotones; los artistas pintaban, los músicos nos hacían bailar con el *jazz*, trenzándonos entre vidas nuevas, desconocidas, sin nombre; las mujeres nos cortamos el pelo, libres y salvadas, y nos arrancamos el corsé como una piel vieja,

seca, gastada. Innecesaria. ¿Qué teníamos? Nada. O todo. El insensato poder de la vida en unas manos que arañaban lienzos, vestidos y sábanas. Éramos pobres pero felices. Jamás lo fuimos tanto. Jamás.

Alice y yo éramos uña y carne. Pero en medio de ese tiempo, ella decidió montar una tienda en París. Yo seguí bailando y cerrando locales que eran idénticos a los hombres con los que me acostaba. De modo que no recuerdo el nombre de ninguno. Y si lo hago, me duele. Porque todos me hicieron bailar. Alice había apostado por uno solo: Ęrno Hessel, un exmilitar dueño de su destino y de sus negocios, rico y guapo como pocos, elegante y sofisticado. Bueno. Era un hombre bueno, además. Un buen hombre. Tal vez yo también habría puesto mis monedas en el número de su ruleta, todas, pero consciente de que lo perdería todo en un santiamén. Ella no, mi amiga Alice las puso sobre el tapete soñando que ganaría años a su lado. Pero la fortuna es una hija de puta, gigante, inmensa, desagradecida y saltimbanqui. Aquí se queda hoy, allá se instala mañana. Para algunas de las mujeres que llenábamos las calles de París siempre era ayer y, con suerte, hoy. Nunca había un mañana. La suerte era un mísero hado que jugaba con nosotras, nunca al revés. La sombra de la fatalidad estaba a la vuelta de la esquina, sin signos de orientación. La brújula estaba siempre en el corazón, aunque yo la pusiera muchas veces en la entrepierna.

Alice y yo.

Alice era mi mejor amiga.

—Necesito hablar contigo.

—¿No puedes esperar? No creas que es fácil estar coqueteando con el hombre acertado. Y por fin he encontrado mesa con buenas vistas. Siéntate conmigo.

—Kiki, es urgente. Es muy urgente, necesito hablar contigo —insistió Alice Humbert.

—¡Cómo sois las chicas buenas! No sabéis esperar, quién lo diría. Luego soy yo la que carda la lana. En fin, voy a pagar y salgo contigo.

Pagar era batir las pestañas, apretar los labios y caminar hacia afuera con la cabeza bien alta y el escote más bajo.

—¿Qué ocurre, Alice? Espero que valga la pena lo que me tienes que contar, porque hacerse con un buen sitio en Le Dôme a estas horas no pasa así como así. Lo sabes mejor que bien.

—Kiki, Èrno se ha ido.

—¿Tu... amor?

El llanto de Alice se intensificó y los sollozos le impidieron hablar.

—Se habrá ido de viaje —le dije para amortiguar el resorte que contenía el dolor—. Esos hombres ricos siempre tienen negocios.

—No, Kiki. Èrno se ha marchado para siempre.

—¡Maldita sea! —exclamé con la mirada en las manos temblorosas de mi amiga—. Si no le has encontrado es que algo le habrá pasado, alguna urgencia... Imprevistos de última hora. Has cazado al único hombre bueno de París, no creo que esté muy lejos.

Alice no hablaba. La tierra se la tragaba mientras yo la salvaba agarrándola de los brazos. Ella se moría de pena en una intensa tristeza. Yo hacía de tripas corazón, buscando palabras de consuelo.

—Se ha ido. Me ha dejado.

—¿Cómo que te ha dejado? —repetí, empezando a entender el significado de aquellas palabras. Ella moría y yo, que estaba acostumbrada a hacerlo, también, cada vez que el llanto le agujereaba la voz.

—Para siempre —respondió hundida en mi hombro.

Alice se quedó así, una muñeca de trapo a la que yo sostenía, callada, como si el «para siempre» la hubiera llenado de piedras, incapaz de digerir lo que acababa de decir.

—¿No sabes nada más? —pregunté cuando recuperé el aliento.

—Se ha ido a Nueva York —me dijo.

—¿A Nueva York? ¡No me lo creo! ¿Qué me he perdido? ¿En qué momento la maravillosa pareja se ha roto? Mira, no te creo. Seguro que es un órdago, típico de hombres. Que se van, pero no se van. Se quedan y nos la juegan. Lo mismo dan el portazo, estamos cambiando las sábanas... como si regresaran en diez minutos. Vamos, cuándo te lo ha dicho, dime dónde está o... lo averiguo yo y voy a buscarlo de inmediato.

—Kiki, se ha ido. Me ha dado las llaves de la tienda.

—¿Qué tienda?

—¿Recuerdas que yo siempre soñé con una tienda en París?

—... Sí. Y además recuerdo que no debiste dejar el taller de Coco. También te lo advertí. A esa zorra le va a ir muy bien, te lo digo yo. Las víboras no nos picamos. Y esa lo es. Lo supe desde el primer día que la vi: su mirada es oscura como los túneles del Bois de Boulogne. Allí te habría ido bien, haciendo lazos o sombreritos de aquellos.

—Olvídate de eso, Kiki. Es historia. Èrno se ha ido. Me ha dejado, me ha regalado lo que siempre quise... y me siento muy culpable.

Lo dijo todo de carrerilla, sin preámbulos.

Me enseñó las llaves de la tienda, las llevaba envueltas en un pañuelo dentro del bolso. Un manojito que desplegó como si fueran joyas para el contrabando y que, una vez mostrado, volvió a guardar como si fuera a romperse de delicado.

Preguntar me daba apuro. Escuchar que se sentía culpable sonaba a dolor sin detalles tontos, a tormento y desolación. Me pregunté si el hecho de hablar, de compartir su angustia, de elegir unas palabras entre todas las que existen para el lamento, e hilvanarlas sobre otras, le permitía aliviar la realidad. Hablar y llorar, a trompicones; era su forma de creérselo, de hacerse a la idea de la nueva realidad. Sobre todo, de empezar a vivir con ella.

Alice sintió una punzada en el estómago, se desplomó en la silla.

Se habían conocido en la exposición de Kisling en la galería Taitbout, y andábamos de modelos para pintores como forma de sacar cuatro francos por posar desnudas en talleres que olían a tabaco, ron y aguarrrás. Pasábamos de artista en artista, del 9 de Campagne Première al Quai d'Orfèvres y de ahí al 10 de la Grande Chaumière, intentando no ser descartadas, y para eso había que soportar erguidas la humillación y la peste. También el tono con el que se dirigían a nosotras: «¿Han venido las nuevas pu-

tas?», como algo habitual. Sin embargo, aquella noche la obra *Mujer joven desnuda* de Moïse Kisling triunfó, cosechó todos los piropos y aplausos de los asistentes. Para los artistas, éramos trozos de carne, pero para el público, el entusiasmo. Alice, Treize y yo, cogidas de la mano, nos metimos de lleno en la fiesta y en la celebración de la exposición.

Ërno Hessel compró aquel lienzo, y Alice Humbert, el amor.

No daba tiempo a que se secaran las flores, cada día la buscaba con un ramo nuevo, encantado de amarla, y ella se relamía de felicidad, como si la vida fuera un dulce interminable. Él era un galán discreto, pero aquella pareja no pasaba desapercibida en ningún café de París.

Una vida descascarillada empezó a empolvase de glamur.

La actitud de Alice se embelleció con el romanticismo de Ërno, y este con la simpatía de ella. Durante aquellos meses, visitaron los mejores *chateaux* y los más maravillosos restaurantes. De pronto, todo giraba alrededor de la felicidad: viajes en tren, las mejores ropas, fiestas espléndidas y tertulias literarias donde Alice pasó de sentirse como en una primera clase de matemáticas a opinar y ser escuchada. Tenían un talento especial para vivir, para llegar a las cenas en el momento justo o para reírse entre los canallas de Montparno. Si los hombres miraban a Alice, ellas lo hacían con Ërno. Cruzaban las calles como quien cruza fronteras, pasos firmes, pasos hacia el futuro común. Ella le miraba fijamente cuando hablaba, por la noche le acariciaba la cicatriz del cuello, dulcemente, algo que amplificaba el deseo. Él la observaba cuando ella se giraba, memorizaba sus movimientos, sonreía sabiendo sus manías, amándolas, y por la espalda le colocaba, seducido, ese mechón de pelo. Se veneraban, se querían, se

deseaban. Muy pronto, la vida se volvió fácil y hermosa para Alice. Y la de todos los que estábamos a su alrededor.

Ahora todo se había roto.

Alice se inclinó en el banco para intentar respirar mejor, los recuerdos desde aquella noche en la galería Taitbout se agolpaban en la garganta y en la nostalgia de los ojos verdes del hombre que se iba para siempre. Hizo una pausa para serenarse. Derramaba dolor.

«Cuánto le he querido, Kiki», me dijo ahogándose en las palabras. Fue el único momento en el que mi amiga habló en pasado. Quizá el alma sabe antes que el pensamiento que las cosas se han roto. Y de ahí, a la voz. ¿Quién no ha amado como parte de la respiración? ¿Quién dijo que si mirásemos siempre al cielo acabaríamos por tener alas? ¿Flaubert? A Alice se le habían roto. Le pregunté qué había pasado, qué había sucedido para que Êrno se marchara. No quiso dar detalles. Me repitió tres veces que le había dejado como legado una tienda en Pont Louis Philippe, con largos silencios entre una frase y otra. Entendí que la razón de la desavenencia todavía iba a quedar dentro de ella. Algo grave. Incapaz todavía de ser mencionado. Callé. Fuera lo que fuese simpatizaba con mi amiga, en realidad era muy difícil no sentir afecto por ella. Alice era una bellísima persona, siempre atenta y cariñosa, educada, y además tan guapa... «Una tienda para mí», respondió intentando animar la voz. Mientras eso sirviera para salvarla del dolor, pensé, mientras la vida volviera a florecer como en un invernadero, estaría a salvo.

Un cobertizo para suplir el amor.

«Será mejor que salgamos de aquí a pasear», le dije para que se agarrara de mi brazo. En la terraza nos miraban y me resultaba más incómodo por mi amiga que por

mí. El mundo se derrumbaba. Alice perdía a su amor, y nosotras, con ella, la esperanza de salir del pozo de los amores de una noche que prometían vida eterna. «Ojalá se hubiera muerto en lugar de dejarte», le dije seca. Rompió a llorar. ¿Acaso no era mejor eso que sentirse abandonada?

Anduvimos un rato en silencio, raro en mí, hacia ningún lugar, del brazo y cada una en su mundo. Necesitaba beber, fumar. Me asfixiaba verla mal. Sus sollozos me desgarraron el corazón. El dolor es contagioso y a mí también me estallaba la cabeza, embotándolo todo. Si se acababa el mundo de una amiga, parte del mío también se iba a la mierda. La niña que corría entre el estiércol y robaba cebollas aparecía en mi mente, sepultando la felicidad en la que ahora vivíamos. La felicidad, desgraciadamente, nunca es continuada.

—Estoy destrozada. Querría morirme ahora mismo.

—O sea, que es verdad.

—Pero, Kiki, ¿cómo quieres que te lo diga? ¡A la vista está que sí! Se ha marchado, se ha ido, me ha dejado, fin de la historia. Se acabó.

—¿Has ido a buscarle?

—¿Para qué, Kiki?

—Para decirle que le sigues queriendo. Porque es así, ¿no?

—Ha sido culpa mía. Y tiene suficientes razones para dejarme...

—Pero tú también tienes las tuyas para amarle, Alice.

—Déjalo ya. No va a suceder. Un hombre como él no volverá a acercarse a mí. Así como tampoco me voy a enamorar nunca más.

Sus palabras me hicieron daño, en el fondo hablaba de todas nosotras. Debíamos conformarnos con uno de nuestra clase, con un canalla del Montparno que vistiera y olie-

ra como nosotras. Ese pensamiento me destrozó como lo hacía también a ella; pero fiel a mis costumbres y a mi forma de ser, cuando más se acerca el miedo, yo más me alejo, por eso le ofrecí beber.

—No es el mejor momento para un trago, ¿verdad?

—¡Kiki!

Era por sacarla de quicio. Prefiero una mujer enfadada a una mujer triste. Trataba de restar importancia a lo ocurrido, porque por el rabillo del ojo percibía el filo de la guillotina que oscilaba sobre mi amiga. En esos momentos estaba desconsolada, todo era aún muy reciente. La peor parte, la más dura, estaba por llegar. Y no quería que se llevase por delante a mi amiga. No quería que el dolor de la soledad la zarandeara como a una muñeca de trapo, que la arrojase a las aguas oscuras y frías del Sena. Quería a Alice a mi lado, a mi Alice. Si ella se diluía, yo correría el mismo riesgo. El daño de ver marchitarse a una amiga es más temible que el de una picadura venenosa. Y en esos momentos todo lo que podía ofrecerle era mi amistad, mi apoyo, mi calor. Pero no podía sustituir ese amor que empezaba a dibujar una mancha oscura en su pecho.